

LOS CANTES DE LAS MINAS

Asensio Sáez

A la vista salta. Junto a la Murcia de la huerta y el mar, cuenta, a su vez, la otra Murcia de la mina. A partir de la segunda mitad del pasado siglo, Andalucía envía a Murcia aquellas partidas de hombres que, sobre las huellas de la minería romana y al amparo de la ley protectora de Fernando VII, se enfrentan en los parajes de la sierra cartagenera que luego serían La Unión con la deslumbradora aventura de la plata. A gritos pide el evento un fascinante guión cinematográfico.

Se injerta así la voz jonda con determinadas coplas autóctonas —«cantes de madrugá»—, dando paso a una inédita parcela musical pronto bautizada con el nombre de cante de las minas. Es así como un día Murcia, tierra siempre fiel a la música popular —parrandas y aguilandos, mayos y seguidillas, pardicas y nanas...—, viene a enriquecerse con esta otra aportación nacida de la presencia minera.

Para el hombre de la huerta, acostumbrado a la libertad de la luz del sol, protagonista de aquellos trajines del ubérrimo bananal, adelantando con mañas aprendidas de sus mayores la sazón de un fruto o arrojando con mimos de amante el sueño del gusano de seda, le debió resultar ciertamente extraños los penosos oficios y servidumbres del minero, hombre-topo circulando por las oscuras galerías, allá por las meras entrañas del planeta, amenazado tantas veces por la muerte hasta el extremo de que una de las más viejas letras del cante llegaba a certificar:

*A la mujer del minero
se le puede llamar viuda.*

*¡Qué amargo gana el dinero
quien se pasa el día entero
abriendo su sepultura!*

Otra antigua copla aseguraba:

*Como corral sin gallinas
se está quedando La Unión:
unos que matan las minas
y otros que se lleva Dios.*

Venido al mundo el cante minero —«tarantas», «cartageneras», «mineras», «murcianas», «levanticas»...— como desahogo natural, liberador de muchos malos humores frente al medio doloroso de la mina, un aire contestatario acabó por colarse en los versos de la copla:

*Los mineros son leones
que los bajan enjaulados;
trabajan entre peñones
y allí mueren sepultados
dándole al rico millones.*

Son estas letras ingenuas, viñetas de pliego de cordel, caladas tantas veces por el airón del resquemor frente a las injusticias del patrono. Habrían de venir pronto las letras «más trabajadas» de los troveros y los poetas:

*Cuando vuelvo de la mina
en la boca me da un beso
y el beso me sabe a gloria
revuelta con manganeso.*

El tema «social» iría así dando paso al de la amistad, la aventura erótica, los ce-



los, la reyerta, la anécdota pintoresca como ésta protagonizada por el «Rojo el Alpargatero», uno de los sumos pontífices del cante minero:

*En la calle de Canales
se me perdió mi sombrero,*

*¡Quién se lo vino a encontrar,
el Rojo el Alpargatero,
y no me lo quiso dar.*

Vence el amor, como en una tarjeta postal, coloreada a mano. En el recuerdo fiel, la imagen de la amada:

*Si vas a San Antolín
y a la derecha te inclinas,
verás en el camarín
a la Pastora Divina
que es vivo retrato a ti.*

¡Poderes de la copla que así sirve para paliar dimes y diretes entre geografías hermanas, rivalidades y reyertas! ¿Quién no recuerda la vieja copla que sigue?

*Cartagena me da pena
y Murcia me da dolor.
¡Cartagena de mi vida,
Murcia de mi corazón!*

Por cantar se canta hasta la querecia por el oficio —quién lo dijera—, el orgullo de ser minero:

*Porque pongo la barrena
me llaman el barrenero.
¡Yo soy el mejor minero
que ha nacido en Cartagena!*

Cuando, por ejemplo, Tico Medina

pronuncia en La Unión el pregón correspondiente al XIII Festival Nacional del Cante de las Minas, ciertamente salvador de los cantes mineros, un día en doloroso trance de totales olvidos, el escritor aparece en el escenario dispuesto a pronunciar su pieza oratoria, bellísima por cierto, impecablemente vestido de etiqueta. Se «excusa» galanamente con las palabras que siguen, todo un entrañable homenaje al minero: «Gentes de La Unión, no me toméis a mal si así me vestí para acudir a vuestra cita. Bien conozco yo esa copla que corría por vuestras calles de hace cincuenta años, aquélla que decía, y bien dicho:

*Vale más un minero
con la ropa de trabajo
que todos los señoritos,
calle arriba, calle abajo.*

«Pero, gentes de La Unión, yo os digo que ésta es la ropa del fondo de mi mina, y mi traje de luto de las grandes muertes, y mi traje de ceremonia de las hermosas confirmaciones, los bautizos y los nacimientos. Gentes de La Unión, Dios os bendiga...».

Logradas o no, buenas o menos buenas, las letras de las coplas de las minas vienen a componer una fragante parcela de nuestra literatura popular en la que sin duda —muchas veces ha insistido uno en el tema— no caben los panes de oro de la lírica, las hojas de acanto de la erudición, pero en la que cuenta, sin embargo, el acre olor de los pozos y las galerías, el aroma agreste del paisaje de la mina, sus médulas y sustancias, y sobre todo los ecos del corazón del hombre que de su penoso trabajo hizo un día su santo y seña.